

ridos y cuyo solo recuerdo hace sentir frío y parece introducir en el corazón un puñal de acero. De aquí este axioma: *Toda mujer miente*. Mentira oficiosa, mentira venial, mentira sublime, mentira horrible; pero al fin y al cabo obligación de mentir. Una vez admitida esta obligación, ¿no hay que saber mentir bien? En Francia las mujeres mienten admirablemente. ¡Les enseñan tan bien la impostura nuestras costumbres! En fin, la mujer es tan sencillamente impertinente, tan bonita, tan graciosa, tan verdadera en el mentir; reconoce tan bien su utilidad para evitar en la vida social los choques violentos que destruirían la dicha, que les es tan necesario decir mentiras como el algodón en rama en que colocan sus joyas. La mentira pasa á ser, pues, para ellas lo usual, y la verdad no es más que una excepción, y la dicen únicamente por capricho ó por especulación. Además, según su carácter, unas mujeres ríen al mentir, otras lloran, otras se ponen graves y algunas se enfadan. Después de haber comenzado en la vida per sentir insensibilidad ante los homenajes que más les halagan, acaban frecuentemente por engañarse á sí mismas. ¿Quién no ha admirado su apariencia de superioridad en el momento en que tiemblan por los misteriosos tesoros de su amor? ¿Quién no ha estudiado su abandono, su facilidad, su libertad de espíritu en los mayores apuros de la vida? En ellas nada es prestado; el engaño brota de ellas como cae la nieve del cielo, y después, ¡con qué arte descubren la verdad en el prójimo! ¡Con qué astucia emplean la lógica más eficaz con motivo de la pregunta apasionada que les descubre siempre algún secreto del corazón en un hombre bastante sencillo para proceder con ellas por interrogación! Interrogar á una mujer, ¿no es entregarse á ella? ¿No aprenderá todo lo que quiera ocultársele y no sabrá callar al mismo tiempo que hable? Y algunos hombres tienen la pretensión de luchar con la mujer de París, con una mujer que sabe evitar todos los peligros diciendo:—*¡Qué envidioso es usted! ¿Qué le importa? ¿Por qué quiere usted saberlo? ¡Ah! ¿es usted celoso? ¿Y si no quisiese responderle?* En fin, con una mujer que posee ciento treinta y siete mil maneras de decir NO é inconmensurables variaciones para decir SI. ¿No es el tratado del *no* y del *si* una de las hermosas obras diplomáticas, filosóficas, logográficas y morales que nos restan que hacer? Pero para llevar á cabo esta obra diabólica, ¿no se

necesitaría un genio andrógono? Por esto no habrá nunca nadie que la intente. Además, de todas las obras inéditas, ¿no es esta la más conocida y la mejor practicada por las mujeres? ¿Habéis estudiado nunca el aspecto, la apostura y la desenvoltura de una mentira? Examinadla, os lo aconsejo. La señora Desmaretts iba sentada en el rincón derecho de su coche y su marido en el izquierdo. Habiendo sabido reponerse de su emoción al salir del baile, Clemencia afectaba una actitud tranquila. Su marido no le había dicho nada y no le decía aun nada. Julio miraba por la portezuela del carruaje los negros muros de las casas silenciosas ante las cuales pasaba; pero de pronto, como movido por un pensamiento determinado, al volver una calle examinó á su mujer, que parecía tener frío á pesar de la capa de pieles en que iba envuelta, y le encontró un cierto aire pensativo, porque tal vez estaba realmente pensativa. De todas las cosas que se comunican, la reflexión y la gravedad son las más contagiosas.

—¿Qué es lo que el señor de Moulincourt ha podido decirte para afectarte tan vivamente, y qué es lo que quiere que yo vaya á saber á su casa? le preguntó Julio.

—Yo creo que no podrá decirte nada en su casa que no te lo diga yo ahora.

Y después, con esa astucia femenina que siempre deshonra un poco á la virtud, Clemencia esperó otra pregunta. El marido volvió la cabeza hacia las casas y continuó sus estudios acerca de las puertas cocheras. Una interrogación más ¿no no era una sospecha, una desconfianza? En amor, sospechar de una mujer es un crimen y Julio había matado ya á un hombre sin haber dudado de su esposa. Clemencia no sabía toda la pasión verdadera y las profundas reflexiones que encerraba el silencio de su marido, del mismo modo que Julio ignoraba el admirable drama que se desarrollaba en el corazón de su Clemencia. Y el coche marchaba por el silencioso París conduciendo á dos esposos, á dos amantes que se idolatraban y que no obstante ir apoyados uno en otro, estaban separados por un abismo. En esas elegantes carrozas que vuelven del baile entre doce y dos de la noche ¡cuantas escenas no ocurren! Nos referimos á las carrozas del amor legítimo, donde las parejas pueden reñir sin temor de ser vistos por los transeúntes, porque el estado civil da derecho á pegar y á abrazar á una mujer en un coche y

fuera de un coche, en todas partes. ¡Cuántos secretos no revelan las carrozas á los paseantes nocturnos, á esos jóvenes que han ido al baile en coche y que por cualquier circunstancia tienen que volver á pie! Aquella era la primera vez que Julio y Clemencia ocupaban cada uno su rincón. Ordinariamente, el marido se aproximaba á la mujer.

—Hace mucho frío, dijo Clemencia.

Pero aquel marido no oía nada, seguía estudiando todos los letreros de las tiendas.

—Clemencia, dijo al fin, perdóname la pregunta que voy á dirigirte.

Y se aproximó á ella, la cogió por el talle y la estrechó fuertemente.

—¡Dios mío! ya estamos, pensó la pobre mujer. Vaya, repuso anticipándose á la pregunta, quieres saber lo que me decía el señor de Moulincourt. Ya te lo diré, Julio, pero no será sin terror ¡Dios mío! ¿acaso podemos tener nosotros secretos el uno para el otro? Hace un momento que te veo luchando entre la conciencia de nuestro amor y vagos temores; pero ¿no es nuestra conciencia clara y no te parecen tenebrosas tus sospechas? ¿Por qué no permaneces en el mismo estado de claridad en que nos hallamos? Cuando yo te lo haya contado todo, tú desearás saber más, y sin embargo ni yo misma sé lo que ocultan las extrañas palabras de ese hombre. Tal vez haya después entre vosotros algún fatal encuentro. Yo preferiría que ambos olvidásemos este momento fatal. Pero en todo caso, júrame esperar á que esta singular aventura se explique naturalmente. El señor de Moulincourt me ha declarado que los tres accidentes de que has oído hablar: la piedra caída sobre su criado, la rotura del eje de su coche y su duelo con motivo de la señora de Serizy, eran efecto de una conjura que yo había tramado contra él. Después me ha amenazado con explicarte el interés que yo podía tener en asesinarle. ¿Comprendes tu algo de todo esto? Mi turbación provino de la impresión que me causó la vista de su cara de loco, de sus ojos extraviados y sus palabras violentamente entrecortadas por una emoción interior. Le creí loco. Esto es todo. Yo no sería mujer si no hubiese notado que de un año á esta parte me he convertido, como suele decirse, en la pasión del señor de Moulincourt. Nunca me ha visto más que en los bailes y sus palabras eran insignificantes. Tal vez quiere desunirnos para en-

contrarme algún día sola y sin defensa ¿Lo ves? ya frances las cejas. ¡Cuán cordialmente odio al mundo! ¡Somos tan felices sin él! ¿Porqué ir á su encuentro? Julio, te lo suplico, prométeme olvidar todo esto. Mañana tal vez sabremos que el señor de Moulincourt se ha vuelto loco.

—¡Qué cosa más singular! se dijo Julio bajando del coche.

Después tendió los brazos á su mujer y ambos subieron á sus habitaciones.

Para desarrollar esta historia en toda la verdad de sus detalles, para seguir su curso con todas sus sinuosidades, es preciso divulgar aquí algunos secretos del amor y deslizarse bajo el techo de un dormitorio; pero no descaradamente, sino á la manera de Trilbi, sin asustar á Dougal ni á Fanny, ni asustar á nadie, siendo tan casto como quiere serlo nuestra noble lengua francesa y tan atrevido como lo fué el pincel de Gerard en su cuadro de Daphnis y Chloe. El dormitorio de Clemencia era un lugar sagrado; ella su marido y su camarera eran los únicos que podían entrar en él. La opulencia tiene hermosos privilegios, y los más envidiables son los que permiten desarrollar los sentimientos en toda su extensión, secundarlos mediante el cumplimiento de sus mil caprichos y rodearlos de ese brillo que los agranda, de esas investigaciones que los purifican y de esas delicadezas que los hacen aun más atractivos. Si odiáis los almuerzos sobre la hierba y las comidas mal servidas, si sentís algún placer viendo un mantel adamascado deslumbrante de blancura, un cubierto de plata, porcelanas de exquisita pureza, una mesa ricamente labrada alumbrada por bugías diáfanas, para ser consecuente debéis entonces dejar la buhardilla en lo alto de las casas, las modistillas en la calle y debéis comprender el amor como un principio que no se desarrolla en toda su gracia más que sobre las alfombras, bajo el resplandor de ópalo de una rica lámpara, entre paredes discretas y revestidas de seda, ante un hogar lujoso y en un cuarto sordo al ruido de los vecinos, con persianas y ondulantes cortinas. Necesitáis espejos que reproduzcan las formas y que repitan hasta el infinito á la mujer á quien se desearía múltiple y que se multiplica á veces con el amor, y además, divanes muy bajos, un lecho que, cual un secreto, se deja adivinar sin mostrarse, y después, en este lindo cuarto, alfombras para los pies, bujías

con pantallas para leer á todas horas por la noche, flores que no dañen y sábanas cuya finura hubiese satisfecho á Ana de Austria. La señora Desmarets había realizado este dichoso programa; pero esto no es nada. Toda mujer de gusto podía hacer otro tanto, aunque hay en el arreglo de estas cosas un sello de personalidad que da á tal adorno ó á tal detalle un carácter inimitable. Hoy más que nunca reina el fanatismo de la individualidad. Cuanto más tiendan nuestras leyes á una imposible igualdad, más nos separaremos de ellas con las costumbres. Así, en Francia las personas ricas comienzan á hacerse más exclusivas en sus gustos y en las cosas que les pertenecen de lo que lo han sido de treinta años acá. La señora Desmarets sabía el compromiso que adquiriría con este programa y lo había puesto todo en su casa en armonía con un lujo que sentaba admirablemente al amor. *Los mil quinientos francos y mi Sofía, ó la pasión en la cabaña, ó el contigo pan y cebolla*, son dichos y nada más que dichos. El amor siente horror por el trabajo y por la miseria. La mayor parte de las mujeres, al salir del baile, impacientes por acostarse, arrojan en torno suyo sus ropas, sus marchitas flores y sus ramilletes cuyo olor casi se ha extinguido. Dejan sus zapatos bajo un sofá, se quitan las horquillas y las peinetas y desenredan sus trenzas indiferentemente. Poco les importa que sus maridos vean los alfileres y los artificiosos ganchos que sostenían los elegantes edificios del prendido. No más misterios. Todo cae entonces ante el marido. El corsé, lleno casi siempre de precauciones, se queda allí si la camarera dormida se ha olvidado de llevárselo. Las bañeras, los engañosos trapillos, los cabellos postizos, todo, toda la falsa mujer queda allí desparramada. *Dissecta membra poete*, la poesía artificial tan admirada por aquellos para quienes había sido concebida, elaborada; la mujer bonita llena todos los rincones. Al amor de un marido que bosteza se le presenta entonces una mujer verdadera que bosteza también en medio de un abandono sin elegancia provista de un gorro de noche arrugado, el de la víspera, el del día siguiente.—Porque después de todo, caballero, si quiere usted que me ponga todas las noches un gorro nuevo, aumente usted mi pensión. Y he aquí la vida tal cual es. Una mujer es siempre vieja y desagradable para su marido; pero es siempre linda y elegante para el otro, para el rival de

todos los maridos, para el mundo que calumnia ó desgarrá á todas las mujeres. Inspirada por un amor verdadero, pues el amor, como los demás seres, tiene su instinto de conservación, la señora Desmarets obraba de muy distinto modo, y de los constantes beneficios de su dicha, sacaba la fuerza necesaria para cumplir esos deberes minuciosos de los que no hay que cansarse nunca, porque perpetúan el amor. Por otra parte, esos cuidados, esos deberes, ¿no proceden de una dignidad personal que sienta á las mil maravillas? ¿No son constantes adulaciones? ¿No equivalen á respetar en sí el ser amado? La señora Desmarets había prohibido á su marido la entrada en el gabinete donde dejaba su prendido de baile y de donde salía vestida para la noche misteriosamente adornada para las misteriosas fiestas de su corazón. Al entrar en aquel cuarto siempre elegante y gracioso, Julio veía en él una mujer coquetamente envuelta en un elegante peinador, con los cabellos sencillamente trenzados sobre su cabeza, pues no temiendo el desorden, ella no privaba al amor de la vista ni del contacto, Julio veía una mujer siempre más sencilla, pero siempre más bella que en el mundo, una mujer que se había reanimado en el agua y cuyo único artificio consistía en ser más blanca que sus muselinas, más fresca que el más fresco perfume y más seductora que la más habil cortesana. Esta admirable inteligencia del oficio de mujer fué el gran secreto de Josefina para agradar á Napoleón, como lo había sido antaño de Cesonia para Cayo Caligula, y de Diana de Poitiers para Enrique II. Pero si fué sumamente productivo para mujeres que contaban siete y ocho lustros, ¿qué arma no será en manos de mujeres jóvenes? Un marido sufre entonces con delicia la dicha de su felicidad.

Ahora bien, una vez en su cuarto, después de esta conversación que le había helado de espanto y que le inspiraba aun las más vivas inquietudes, Clemencia empleó un cuidado particular en su tocado de noche. Quiso ponerse y se puso encantadora. Se había oprimido la batista del peinador, había dejado caer sus cabellos negros sobre sus morbidos hombros, su baño perfumado le daba un perfume embriagador, y sus desnudos pies iban provistos de zapatillas de terciopelo. Segura de sus armas, se aproximó con menudito paso, puso las manos sobre los ojos de Julio, que estaba pensativo con el codo apoyado en la chimenea y un

pie en el morillo, y le dijo al oído caldeándole con su aliento y dándole un mordisco:

—¿En qué piensa usted, caballerito?

Después, abrazándole con astucia, le envolvió entre sus brazos para ahuyentar sus malos pensamientos. La mujer que ama conoce toda la fuerza de su poder, y cuanto más virtuosa es, más insinuante resulta su coquetería.

—En tí, respondió él.

—¿En mí sola?

—Sí.

—¡Oh! ¡vaya un sí más aventurado!

Y se acostaron. Al dormirse Clemencia se dijo:

—Decididamente, el señor de Moulincourt será causa de alguna desgracia. Julio está preocupado y distraído por pensamientos que no quiere revelarme.

Eran próximamente las tres de la mañana, cuando Clemencia despertó agitada por un presentimiento que había nacido en su corazón durante el sueño. Tuvo la percepción física y moral á la vez de la ausencia de su marido, no sentía ya el brazo que Julio posaba en torno de su cuello, aquel brazo sobre el cual dormía ella feliz y apacible hacia cinco años, sin sentirlo nunca cansado, y después una voz le había dicho: «Julio sufre, Julio llora.» Levantó la cabeza, se sentó en la cama, sintió frío el sitio de su marido y al fin vió á éste ante el fuego con los pies apoyados en el cenicero y la cabeza en el respaldo de un sillón. Las mejillas de Julio estaban surcadas por lágrimas. La pobre mujer se apresuró á saltar de la cama y á ir á sentarse en las rodillas de su marido diciéndole:

—Julio, ¿qué tienes? ¿sufres? Habla, dime, háblame si me quieres.

En un momento le dirigió cien preguntas que demostraban la ternura más profunda. Julio se puso á los pies de su mujer, le besó las rodillas y las manos y derramando nuevas lágrimas le respondió:

—Mi querida Clemencia, soy muy desgraciado. Tú eres mi amada, y entiendo que no es amar el desconfiar de ella. Te adoro sospechando de ti... Las palabras que me ha dicho ese hombre esta noche, me han herido en el corazón. Esto encierra algún misterio. En fin, aunque me causa vergüenza decírtelo, debo decirte que tus explicaciones no me han satisfecho. Mi razón me comunica luces que mi amor me

obliga á rechazar. Este combate es espantoso. ¿Podía yo permanecer en la cama dados los sospechosos pensamientos que me asaltaban? ¡Oh! te creo, te creo, se apresuró á decirle al ver que le sonreía con tristeza y que abría la boca para hablarle.—No me digas nada, no me respondas nada, la menor palabra tuya me mataría. Por otra parte, ¿podrías tu decirme nada que yo no me haya dicho hace dos horas? Sí, hace tres horas que estoy aquí viéndote dormir, admirando tu frente apacible y pura. ¡Oh! sí, tú me has dicho siempre todos tus pensamientos, ¿verdad? Yo soy el único que ocupa tu alma. Contemplándote, sepultando mis ojos en los tuyos, yo veo claramente todo lo que hay en ellos. Tu vida es siempre tan pura como clara es tu mirada. No, tus ojos transparentes no encierran ningún secreto.

Y esto diciendo, se levantó y la besó en los ojos.

—Querida mía, déjame decirte que de cinco años acá lo que más aumentaba mi dicha era el considerar que mi amor te ocupaba exclusivamente. No tenías hermana, ni padre, ni madre, ni amigos, y por lo tanto, yo no estaba ni por encima ni por debajo de nadie en tu corazón, yo lo ocupaba solo. Clemencia, repítame todas las palabras cariñosas que tantas veces me has dicho, no me riñas, consuélame, soy muy desgraciado. Ciertamente que yo tengo que reprocharme una odiosa sospecha, mientras que tú no tienes nada que agite tu corazón. Amada mía, dime, ¿podía yo permanecer así á tu lado? ¿Cómo dos cabezas que están tan bien unidas habían de permanecer sobre la misma almohada cuando la una sufre y la otra está tranquila? Pero ¿en qué piensas? exclamó bruscamente al ver á Clemencia pensativa derramando lágrimas.

—Pienso en mi madre, respondió la joven con tono grave. Julio, tú no puedes comprender el dolor de tu Clemencia obligada á recordar el último adiós de su madre al oír tu voz, la más dulce de las músicas, y al pensar en la presión de las manos heladas de una moribunda sintiendo la caricia de las tuyas en el momento en que tú me colmas de testimonios de tu delicioso amor.

Dicho esto, Clemencia abrazó á su marido con nerviosa fuerza muy superior á la de un hombre, le besó los cabellos y lo cubrió de lágrimas.

—¡Ah! por ti quisiera ser descuartizada en vida. Dime que te hago feliz, que soy para ti la más hermosa de las muje-

res, que soy para tí mil mujeres. Tú eres amado como ningún hombre lo será nunca. Yo no sé lo que quieren decir las palabras *deber* y *virtud*. Julio, te amo por tí, soy feliz amándote y te querré cada vez más hasta que exhale mi último suspiro. Me siento orgullosa de mi amor y me creo destinada á no sentir más que un solo afecto en mi vida. Lo que voy á decirte tal vez es espantoso: estoy contenta de no tener hijos y no los deseo. Me siento más esposa que madre. Vaya, ¿tienes ahora temores? Escúchame, amor mío, prométeme olvidar no ya esta hora mezclada de ternura y de dudas, sino las palabras de ese loco. Julio, yo lo quiero. Prométeme no verle y no ir á su casa. Tengo la convicción de que si das un paso más en ese dédalo, rodaremos á un abismo en el que yo pereceré poniendo tu nombre en mis labios y tu corazón en el mío. ¿Por qué me pones tan alta en tu alma y tan baja en realidad? ¿Cómo! tú que concedes crédito á tanta gente ¿no quieres hacerme la limosna de una sospecha? La primera vez en tu vida que puedes probarme una fe sin límites ¿me destronarás de tu corazón? ¡Oh! Julio, entre un loco y yo ¿crees al loco?

Llegada aquí, Clemencia se detuvo, se echó hacia arriba los cabellos que caían sobre su frente y su cuello, y después añadió con desgarrador acento:

—Yo he dicho demasiado cuando debía bastar una palabra. Si tu frente denota la menor inquietud, por ligera que sea, sábelo, yo moriré.

Clemencia no pudo reprimir un estremecimiento y palideció.

—¡Oh! yo mataré á ese hombre, se dijo Julio cogiendo á su mujer y llevándola á la cama. Durmamos en paz, angel mío, dijo el esposo, ya lo he olvidado todo, te lo juro.

Ante tan dulces palabras dulcemente pronunciadas, Clemencia se durmió, y al contemplarla dormida, Julio se dijo:

—Tiene razón, cuando el amor es tan puro, una sospecha lo empaña. Sí, para esa alma tan fresca, para esa flor tan tierna, una mancha debe ser la muerte.

Quando una nube aparece entre dos seres que se quieren entrañablemente, aunque esa nube se disipe, siempre deja en las almas huellas de su paso. O la ternura se hace más viva como le pasa á la tierra, que se pone más hermosa después de la lluvia, ó la sacudida resuena aun como un trueno lejano en un cielo puro; pero es imposible volver á la vida

anterior y es absolutamente necesario que el amor aumente ó disminuya. Al almorzar, los señores Desmarts se prodigaron esos mútuos cuidados que denotan afecto, miradas llenas de una alegría casi forzada que parecen ser el esfuerzo de las gentes ansiosas de engañarse á sí mismas. Julio sentía dudas involuntarias, y su mujer tenía temores ciertos. No obstante, seguros el uno del otro, se habían dormido. ¿Este estado molesto era debido á una falta de fe ó al recuerdo de su escena nocturna? Ni ellos mismos lo sabían. Se habían amado, se amaban demasiado puramente para que la impresión cruel y bienhechora á la vez de aquella noche no dejase algunas huellas en sus almas; ansiosos ambos de hacerlas desaparecer, no podían menos de pensar en la causa primera de su primer desacuerdo. Para almas amantes, este estado dista mucho de ser una pena; pero es una especie de duelo difícil de describir. Si hay relaciones entre los colores y las agitaciones del alma; si, como dijo el ciego de Locke, la escarlata debe producir en la vista los mismos efectos que produce en el oído una charanga, puede uno permitirse comparar esta melancolía á colores grises. Pero el amor entristecido, el amor que conserva un sentimiento verdadero de su dicha momentáneamente turbada, produce voluptuosidades que, participando de la alegría y de la pena, son completamente nuevas. Julio estudiaba al lado de su mujer, espiaba sus miradas animado del mismo sentimiento de los primeros días de su pasión por ella. Los recuerdos de los cinco años completamente felices, la belleza de Clemencia, la sencillez de su amor, borraron los últimos vestigios de un dolor intolerable. El día siguiente á aquella escena era domingo, no había Bolsa ni oficinas y entonces los dos esposos pasaron el día juntos semejantes á dos niños que en un momento de miedo se estrechan y se unen por instinto. Hay en la vida de dos seres días de esos completamente felices debidos á la casualidad que no se parecen á la víspera ni al día siguiente; ¡flores efímeras!... Julio y Clemencia gozaron de él deliciosamente, como si hubiesen presentido que sería el último de su vida amorosa. ¿Qué nombre dar á ese poder desconocido que hace apresurar el paso de los viajeros sin que la tormenta se haya manifestado aun, que hace resplandecer de vida y de belleza al moribundo algunos días antes de su muerte y le inspira los más risueños proyectos, y que hace temer á una madre la

mirada demasiado profunda que un hombre perspicaz dirige á su hijo? Todos sufrimos esta influencia en las grandes catástrofes de nuestra vida, y sin embargo, aún no la hemos dado nombre ni la hemos estudiado: es algo más que el presentimiento, y no llega á ser la visión. El lunes, Julio Desmarets, obligado á ir á la Bolsa á la hora acostumbrada, no salió sin ir como de costumbre á preguntar á su mujer si deseaba utilizar su coche.

—No, hace muy mal tiempo, le contestó Clemencia.

En efecto, llovía á cántaros. Eran próximamente las dos y media cuando el señor Desmarets se trasladó á la Audiencia y al Tesoro. A las cuatro, al salir de la Bolsa, se encontró de frente con el señor de Moulincourt, el cual le esperaba allí con la febril terquedad que comunica el odio y la venganza.

—Caballero, tengo que comunicarle importantes nuevas, dijo el oficial tomando al agente por el brazo. Escuche usted, yo soy demasiado leal para recurrir á cartas anónimas que turbarían su reposo, y he preferido hablarle. En fin, si no se trata de mi vida, crea usted que no me inmiscuiría en los asuntos de un matrimonio, aunque pudiese crearme con derecho á ello.

—Caballero, le respondió Julio, si lo que tiene que decirme concierne á la señora Desmarets, le ruego que se calle.

—Si me callase, tal vez podría usted ver á su señora antes de poco en el banquillo de los acusados al lado de un forzado. ¿Desea usted ahora que me calle?

Julio palideció, pero su hermoso rostro recobró enseguida una calma aparente; después, llevando al oficial debajo de uno de los aleros de la Bolsa provisional donde se encontraban entonces, le dijo con voz que ocultaba una profunda emoción interior:

—Caballero, le escucharé, pero habrá entre nosotros un duelo á muerte si...

—¡Oh! consiento en ello, exclamó el señor de Moulincourt, siento por usted la mayor estimación. ¿Habla usted de muerte, caballero? Seguramente que ignora usted que tal vez su mujer quiso envenenarme el sábado pasado. Sí, señor, desde antes de ayer me suceden cosas extraordinarias; mis cabellos destilan interiormente á través del cráneo una fiebre y una languidez mortal, y yo sé perfectamente qué hombre ha tocado mis cabellos durante el baile.

El señor de Moulincourt le contó, sin omitir ningún hecho, su amor platónico por la señora Desmarets y los detalles de la aventura con que comenzó esta escena. Todo el mundo le hubiese escuchado con tanta atención como el agente de cambio; pero el marido de Clemencia tenía derecho á mostrarse más asombrado que cualquiera otro. Aquí se desplegó su carácter, quedó más sorprendido que abatido. Convertido en juez, y juez de una mujer adorada, encontró en su alma la rectitud del juez, como tomó también su inflexibilidad. Amante aun, pensó menos en su vida destrozada que en la de aquella mujer; escuchó, no su propio dolor, sino la voz lejana que le gritaba:

—¡Clemencia no sabría mentir! ¿Por qué te había de hacer traición?

—Señor, dijo el oficial de los guardias para terminar, seguro de haber reconocido el sábado por la noche en el señor de Funcal á ese Ferragus, que la policía cree muerto, he puesto en seguimiento de él á un hombre inteligente. Por una feliz casualidad, al volver á mi casa me he acordado del nombre de la señora Meynardie, citada en la carta de esa Ida, la presunta querida de mi perseguidor. Provisto de este único indicio, mi emisario me dará pronto cuenta de esta espantosa aventura, pues es más hábil que la policía para descubrir la verdad.

—Señor, respondió el agente de cambio, no sé como agradecerle esta confianza. Me anuncia usted pruebas, testigos y esperaré. Perseguiré valerosamente la verdad en este extraño asunto, pero me permitirá usted que dude hasta que la evidencia de los hechos me sea probada. En todo caso, tendrá usted una satisfacción, pues ya debe usted comprender que necesitamos una.

El señor Julio volvió á su casa.

—¿Qué tienes, Julio? le preguntó su mujer, estás horriblemente pálido.

—Es que el tiempo está frío, dijo caminando con paso lento por aquella habitación donde todo hablaba de felicidad y de amor, aquella habitación tan tranquila donde se preparaba una tempestad mortífera.

—¿No has salido hoy? repuso maquinalmente en apariencia.

Fué llevado sin duda á hacer aquella pregunta por el último de los mil pensamientos que se habían enrollado

secretamente en una meditación lucida, aunque precipitadamente activada por los celos.

—No, respondió ella con falso acento de candor.

En este momento, Julio percibió, en el gabinete tocador de su mujer, algunas gotas de agua en el sombrero de terciopelo que ella se ponía por la mañana. El señor Desmarts era un hombre violento, pero también lleno de delicadeza, y le repugnó colocar á su mujer en situación de desmentida. En semejante situación, todo debe acabar para siempre entre ciertos seres. Sin embargo, aquellas gotas de agua fueron como un resplandor que desgarró el cerebro. Salió de la habitación, bajó á la portería, y dijo á su portero, después de haberse asegurado que estaba solo:

—Fouquereau, te daré cien escudos de renta si dices la verdad, serás despachado si me engañas, y no te daré nada si diciéndome la verdad, hablas de mi pregunta y de tu respuesta.

Se detuvo para ver mejor á su portero, á quien llevó á una ventana, y repuso:

—¿Ha salido la señora esta mañana?

—La señora ha salido á las tres menos cuarto, y creo que hace una media hora que la he visto entrar.

—¿Me juras por tu honor que dices verdad?

—Sí, señor.

—Tendrás la renta que te he prometido; pero si hablas, ¡acuérdate de mi promesa! lo perderás todo.

Julio volvió á la habitación de su mujer.

—Clemencia, le dijo, tengo necesidad de poner un poco en orden las cosas de la casa, y no te ofendas, pues, de lo que voy á preguntarte. ¿No te dí cuarenta mil francos á principios de año?

—Más, dijo ella. Cuarenta y siete.

—¿Sabes en qué los has empleado?

—Sí, dijo ella. Primeramente tenía que pagar varias cuentas del año pasado...

—Así no sabré nada, se dijo Julio, no me conduzco bien.

En este momento, el ayuda de cámara de Julio entró y le entregó una carta que abrió con indiferencia, pero la leyó con avidez cuando hubo pasado los ojos por la firma.

«Señor: En interés de su reposo y del nuestro, he tomado el partido de escribirle sin tener el honor de conocerle; pero

mi posición, mi edad, y el temor de alguna desgracia me obligan á rogarle que sea indulgente en esta situación enfadosa en que se encuentra nuestra familia. Don Augusto de Moulincourt nos ha dado desde hace algunos días pruebas de enagenación mental, y tememos que no turbe la dicha de usted con quimeras que nos ha contado al señor comendador de Pamiers y á mí durante un primer acceso de fiebre. Le prevenimos, pues, de su enfermedad, que sin duda no es incurable aún, porque puede surtir efectos tan graves y tan importantes para nuestra familia y para el porvenir de mi nieto, que cuento con su completa discreción. Si el señor comendador ó yo hubiésemos podido transportarnos á su casa, señor, nos hubiésemos dispensado de escribirle; pero no dudo que atenderá usted el ruego que le hace aquí una madre, de quemar esta carta.

»Con este motivo se repite de usted atenta servidora.

BARONESA RIEUX DE MOULINCOURT.»

—¡Cuántas torturas! exclamó Julio.

—Pero ¿qué te pasa? le dijo su mujer denotando viva ansiedad.

—He llegado, respondió Julio, hasta á preguntarme si eres tú la que hace llegar á mis manos esta carta para disipar mis sospechas, repuso entregándole la carta. ¡Juzga de mis sufrimientos!

—¡Desgraciado! dijo la señora Julio, le compadezco, aunque me ha hecho mucho mal.

—¿Sabes que me ha hablado?

—¡Ah! has ido á verle á pesar de tu palabra, dijo ella llena de terror.

—Clemencia, nuestro amor está en peligro de morir, y estamos fuera de todas las leyes ordinarias de la vida; dejemos, pues, las pequeñas consideraciones en medio de los grandes peligros. Escucha, dime por qué has salido esta mañana. Las mujeres se creen en el derecho de decirnos mentirillas algunas veces. ¿No se complacen frecuentemente en ocultarnos placeres que nos preparan? Hace poco, me has dicho sin duda una palabra por otra, un no por un sí.

Julio entró en el gabinete tocador y trajo el sombrero,

—Toma ¿ves? sin querer hacer aquí de Bartolo, el sombrero te ha traicionado. ¿No son estas manchas gotas de agua?

De modo que has salido en fiacre, y has recibido estas gotas de agua, ya al ir á buscar el coche, ya al entrar en la casa á donde has ido, ya al salir de ella. Pero una mujer puede salir de su casa muy inocentemente, hasta después de haber dicho á su marido que no saldría. ¡Hay tantas razones para cambiar de opinión! ¿No es uno de vuestros derechos el tener caprichos? No estáis obligadas á ser consecuentes con vosotras mismas. Habrás olvidado algo, alguna visita, ó alguna buena acción que hacer. Pero nada priva á una mujer el decir á su marido lo que ha hecho. ¿Se avergüenza uno nunca en el seno de un amigo? Pues bien, no es el marido celoso quien te habla, mi Clemencia, es el amante, es el marido, es el hermano. (Se arrojó apasionadamente á sus pies.) Habla, no para justificarte, sino para calmar horribles sufrimientos. Ya sé que has salido. Dime, ¿qué has hecho? ¿á donde has ido?

—Sí, he salido, Julio, respondió ella con voz alterada, aunque su rostro estuviere tranquilo; pero no me preguntes nada más. Espera con confianza, pues si no te crearías remordimientos eternos. Julio, Julio mío, la confianza es la virtud del amor. Te lo confieso, en este momento estoy demasiado turbada para responderte; pero no soy una mujer artificiosa, y te amo, ya lo sabes.

—En medio de todo lo que puede hacer oscilar la fe de un hombre, despertar sus celos, pues yo no soy ya el primero en tu corazón, yo no soy ya tu mismo... ¡Pues bien! Clemencia, prefiero creerte, creer en tu voz, creer en tus ojos! Si me engañas, merecerías...

—¡Oh! mil muertes, dijo ella interrumpiéndole.

—Yo no te oculto ninguno de mis pensamientos, y tú, tú...

—¡Chis! dijo ella, nuestra felicidad depende de nuestro mútuo silencio.

—¡Ah! ¡quiero saberlo todo! exclamó Julio en un violento acceso de rabia.

En este momento, se oyeron unos gritos de mujer, y los chillidos de una voz agria llegaron desde la antecámara hasta el lugar en que estaban los dos esposos.

—¡Entraré! ¡os lo digo! gritaban. Sí, entraré, quiero verla, la veré.

Julio y Clemencia se precipitaron en el salón y vieron que las puertas se abrían con violencia. Una joven se mos-

tró de repente seguida de los dos criados, que dijeron á su amo:

—Señor, esta mujer quiere entrar aquí á pesar nuestro. Ya le hemos dicho que la señora no está, y nos ha respondido que ella sabía muy bien que la señora había salido, pero que acababa de verla entrar. Nos amenaza con permanecer á la puerta del palacio hasta que haya hablado á la señora.

—Retírense, dijo el señor Julio á sus criados.

—¿Qué desea usted, señorita? añadió volviéndose hacia la desconocida.

Esta *señorita* era el tipo de una mujer que no se encuentra más que en París. Se hace en París, como el barro, como el pavimento de París, como el agua del Sena se fabrica en París, en grandes depósitos á través de los cuales la industria la filtra diez veces antes de ponerla en las garrafas donde brilla clara y pura, de fangosa que era. Así es una criatura verdaderamente original. Veinte veces reproducida por el lápiz del pintor, por el pincel del caricaturista, por la plombagina del dibujante, resiste á todos los análisis, porque es irreproducible en todos sus modos, como lo es la naturaleza, como lo es este fantástico París. En efecto, no se roza con el vicio más que por un punto. Por otra parte, no deja adivinar más que un rasgo de su carácter, el único que la hace vituperable: mantiene ocultas sus hermosas virtudes y hace gala de su sencilla desvergüenza. Incompletamente descrita en los dramas y en los libros que la han sacado á escena con todas sus poesías, no será nunca verdadera más que en su buhardilla, porque fuera de ella será siempre calumniada ó adulada. Rica, se vicia, y pobre, no es comprendida. La cosa no puede ser de otro modo. Tiene demasiados vicios y demasiadas buenas cualidades; está demasiado próxima á una asfixia sublime, es demasiado hermosa y demasiado horrible, representa demasiado bien á París, al que provee de desdentadas portereras, de lavanderas, de barrenderas, de mendigas, y á veces de condesas impertinentes, de admiradas actrices, de aplaudidas cantantes, hasta ha procurado dos casi reinas á la monarquía. ¿Quién podría describir á tal Proteo? Ella es toda la mujer, menos que la mujer, y más que la mujer. De este vasto retrato, un pintor de costumbres sólo puede dar algunos detalles, porque el conjunto es infinito. Era una *griseta* de París, pero la *griseta* en todo su esplendor, la *griseta* en

coche, feliz, joven, hermosa, fresca, pero *griseta*, y *griseta* con gorros, con tijeras, atrevida como una española, arisca como una inglesa gazmoña que reclama sus derechos conyugales, coqueta como una gran dama, franca y dispuesta á todo; una verdadera leona salida de la pequeña habitación en que tantas veces habrá soñado con las cortinas de indiana roja, los muebles de terciopelo de Utrech, la mesa de té, la otomana, el reloj de alabastro y las lámparas con pantalla; el blando colchón de plumas, en una palabra, con todos los goces de la vida de las *grisetas*. Sí, esta *griseta* tenía todo esto gracias á un afecto verdadero, ó á pesar del afecto verdadero, como algunas otras lo tienen á veces por una hora al día, especie de impuesto indiferentemente satisfecho á algún anciano. La joven que se encontraba enfrente de los señores Desmarets, tenía el pie tan descubierto, que de su calzado apenas se veía una ligera línea negra entre la alfombra y su media blanca. Este calzado que tan bien saben reproducir los caricaturistas parisienses, es una gracia propia de la *griseta*, gracia que perciben aun mejor los ojos del observador, que percibe tan bien el cuidado con que sus vestidos se adhieren á sus formas, dibujándolas. La desconocida llevaba un traje verde que dejaba adivinar la belleza de su cuerpo, perfectamente visible á la sazón, pues habiendo caído al suelo su chal de cachemira, ella lo retenía apenas con sus manos por las dos puntas del mismo. Aquella joven tenía una cara fina, mejillas rosadas, tez blanca, ojos grises muy brillantes, frente bómbeada, muy prominente, y unos cabellos cuidadosamente peinados que se escapaban por debajo de su sombrero y caían sobre su cuello formando rizos.

—Señor, me llamo Ida, y si es la señora Julio con quien tengo el honor de hablar, venía para decirle todo lo que siento en el corazón *contra* ella. Cuando una tiene hecho su negocio y cuenta con muebles como éstos, está muy mal venir á quitarle á una pobre muchacha un hombre con el que ha contraído un matrimonio moral y que habla de reparar sus culpas casándose conmigo en la *vicaria*. Jóvenes bastante guapos hay en el mundo para realizar los caprichos, ¿verdad, señor? sin venirme á quitar un hombre de edad que constituye mi dicha. ¡Oh! yo no tengo un hermoso palacio, sólo tengo mi amor, odio á los hombres y al dinero, soy todo corazón y...

Clemencia se volvió hacia su marido y le dijo encamiándose á su cuarto:

—Caballero, me permitirá usted que no siga oyendo más.

—Si esa dama está con usted, veo que he *metido la pata*; pero peor para ella, repuso Ida. ¿Por qué va á ver todos los días al señor Ferragus?

—Señorita, usted se engaña, dijo Julio estupefacto, mi mujer es incapaz...

—¡Ah! ¿están ustedes casados? dijo la *griseta* manifestando alguna sorpresa. Señor, entoces la cosa varía, es más grave, porque una mujer que está casada en legítimo matrimonio, no debería tener relaciones con un hombre como Enrique...

—¿Quién es ese Enrique? dijo Julio tomando á Ida por el brazo y llevándola á otra habitación para que su mujer no oyese nada.

—El señor Ferragus.

—¿Pero no ha muerto? dijo Julio.

—¡Ca! Ayer noche mismo fui yo con él á Francfort, y esta mañana vine acompañada de él. Pero su señora puede darle noticias. ¿No ha ido á verle á las tres? ¡Oh! estoy segura de ello: yo la esperé en la calle, porque un hombre muy bueno, el señor Justino, á quien tal vez conozca usted, me había advertido que yo tenía por rival á una tal señora Julio. Señor este nombre es muy conocido entre los nombres de guerra. Si es el suyo, dispénsame; pero aunque la señora Julio fuese un duquesa, Enrique es tan rico, que puede satisfacer todos sus caprichos. Para mí la cuestión es defender mis derechos, porque yo amo á Enrique. El es mi primera inclinación, y me va en ello mi amor y mi porvenir. Señor, yo no temo nada, soy honrada y jamás he mentido ni he robado nada á nadie. Aunque mi rival fuese una emperatriz, me iría directamente á ella, y si me gustase mi futuro marido, me siento con fuerzas para matarla, por emperatriz que sea, pues todas las mujeres hermosas son iguales, señor...

—Basta, basta, dijo Julio, ¿dónde vive usted?

—En la calle de la Corderie del Temple número 14, señor. Ida Gruget, corsetera, para servirle.

—¿Y dónde vive el hombre á quien usted llama Ferragus?

—Señor, dijo mordiendo los labios, en primer lugar no es un hombre, es un señor tal vez más rico que usted.

Pero ¿por qué me pregunta usted su dirección sabiéndola su mujer? El me ha dicho siempre que no se la dijese á nadie. ¿Acaso estoy yo obligada á responderle? Afortunadamente, no estoy en el confesonario ni ante el jefe de policía, y no dependo de nadie.

—¿Y si yo le ofreciese á usted veinte, treinta, cuarenta mil francos por decirme donde vive el señor Ferragus?

—¡Ah! ni por estas, amigo mío, se ha acabado, dijo haciendo un gesto muy popular. No hay suma que me haga á mí decir eso. Tengo el honor de saludarle. ¿Por dónde se sale de aquí?

Julio aterrado dejó marchar á Ida sin pensar en ella. El mundo entero parecía hundirse bajo sus pies, y sobre su cabeza el cielo caía hecho astillas.

—El señor está servido, fué á decirle su ayuda de cámara.

El ayuda de cámara y el pinche de cocina esperaron en el comedor durante un cuarto de hora sin ver llegar á sus amos.

—La señora no comerá, fué á decirles la camarera.

—Pues ¿que pasa, Josefina? le preguntó el criado.

—No lo sé. La señora llora y va á meterse en la cama. El señor tal vez tenía algún lío fuera de casa y se ha descubierto inoportunamente, ¿me entiende usted? No respondería yo de la vida de la señora. ¡Son tan perversos todos los hombres! Siempre dan escándalos sin ninguna precaución.

—¡Ca! al contrario, repuso el ayuda de cámara, yo creo que es la señora la que... en fin, ya me comprende usted. ¿Qué tiempo tiene el señor para ir á buscar líos si en cinco años no ha dormido una sola vez fuera de casa y baja á las diez á su despacho sin salir de él hasta la hora de almorzar? En fin, su vida es conocida, es regular; mientras que la señora se larga todos los días á las tres Dios sabe á donde.

—Y el señor también, dijo la camarera tomando la defensa de su ama.

—Pero el señor va á la Bolsa. En fin, esta es la tercera vez que le advierto al señor que está la comida servida, y como si no.

En este momento entró Julio preguntando:

—¿Dónde está la señora?

—La señora tiene jaqueca y va á acostarse, respondió la camarera con aire de importancia.

Al oír esto, Julio dijo á sus criados con mucha sangre fría:

—Pueden ustedes quitar la mesa, yo voy á hacer compañía á la señora.

Y dicho esto, entró en el cuarto de su mujer, que estaba llorando y procuraba ahogar sus sollozos con el pañuelo.

—¿Por qué llora usted? le dijo Julio. No debe esperar de mí violencias ni reproches. ¿Por qué me he de vengar yo? Si no ha sido usted fiel á mi amor, es porque no era digno...

—¡No era digno!... Estas palabras repetidas se oyeron á través de los sollozos, y el acento con que fueron pronunciadas hubiera enternecido á cualquiera otro que no hubiera sido Julio.

—Para matarla, tal vez sería preciso amarla á usted más de lo que yo la amo; pero yo no tendría valor para ello; antes me mataría yo dejándola á usted con su...

No acabó la frase.

—¡Matarse! exclamó Clemencia arrojándose á los pies de Julio y abrazándose á ellos.

Pero él quiso desembarazarse de ella y la arrastró hasta su cama.

—Déjeme usted, le dijo.

—No, no, Julio, gritaba ella. Si no me quieres ya, yo moriré. ¿Quieres saberlo todo?

—Sí.

Julio la tomó en sus brazos, la estrechó violentamente, se sentó al borde de la cama, la retuvo entre sus piernas, y después contemplando aquella hermosa cara surcada por las lágrimas y que se había vuelto de color de fuego, añadió:

—Vamos, habla.

Los sollozos de Clemencia volvieron á reanudarse.

—No, es un secreto de vida ó muerte. Si lo dijese... ¡No, no puedo, perdón, Julio!...

—¡Siempre me engañas!

—¡Ah! ¿Ya no me dices *usted*? Sí, Julio, puedes creer que te engaño, pero muy pronto lo sabrás todo.

—Pero ese Ferragus, ese forzado á quien vas á ver, ese hombre que se ha enriquecido haciendo crímenes, si no es nada para tí, si no le perteneces...

—¡Oh! ¡Julio!...

—¿Es acaso tu bienhechor desconocido, el hombre á quien debemos nuestra fortuna, como se ha dicho ya?